



“La segunda América”

p. 222-255

Latinoamérica. Una interpretación global de la dispersión en el siglo XIX

Carlos Bosch García

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

1978

440 p.

Serie Historia General 10

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 26 de febrero de 2024

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/169/interpretacion-global.html>

D. R. © 2024, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

Por estas razones se observa cómo la práctica de la democracia es difícil en nuestros países aun cuando, claro está, se hayan hecho muchos y muy meritorios esfuerzos hacia ella. Casos conspicuos, como vimos decir a Tannenbaum, al cambiar el siglo, dieron por resultado que si bien “la revolución ciertamente ha aumentado la democracia efectiva en México... el pueblo y las comunidades también han aumentado su dependencia legal y económica del gobierno federal y del presidente”.

Por otra parte, la desnaturalización que produjo el reenfoque de sus intereses, a la vez produjo cambios en aspectos más íntimos; por deberse aunar a un nuevo clima y formas externas, no sólo en cuanto a gustos de vestir y de arquitectura, sino también en manera de pensar. Por ello se asimilaron y adaptaron corrientes de pensamiento consideradas compañeras del progreso material y de los nuevos órdenes que regían en nuestros países y sociedades. Los conceptos de sociedad, de paz y de autoridad, envolvieron todo el fenómeno y así se garantizó el mantenimiento del clima necesario.

En una palabra, todos los esfuerzos y las concesiones fueron pocos para “civilizarnos” de acuerdo con los cánones del mundo externo y así entramos en el torbellino de la producción de las finanzas, de las ideas, de la ciencia aplicada y de las concepciones extranacionales o de las organizaciones mundiales.

LA SEGUNDA AMÉRICA

1. *El trabajo empeñado*

La segunda América, según comentamos con anterioridad, constituye el instrumento útil para la de los señores y de los políticos. Ella sirve para formar los ejércitos que apoyan las disputas de señores políticos, la que es mandada



y dirigida y la que está a la orden que no se discute. Por otra parte, a pesar de ser un instrumento imprescindible, señores y políticos la consideraban incapaz de manejar el poder. La independencia latinoamericana, sin duda, tuvo de todo menos de revolución social y ello ha sido reconocido:

Es probable que la mayoría de los hombres de fortuna y de posición social temían las consecuencias sociales y económicas que pudiera tener entregar el poder político en las manos de la plebe y, por ello, eran monárquicos. Los guerreros principales, con la excepción de José Artigas, Francisco de Paula Santander, y Simón Bolívar —al principio de su carrera—, se oponían a las repúblicas, por lo menos a las repúblicas democráticas...¹

Sin embargo la plebe fue fundamental en los movimientos de independencia al convertirse en la base humana necesaria de todos los ejércitos, guerrillas, e instrumentos de fuerza. Ahora bien, donde se pueden apreciar los rasgos del individuo que nos interesa es precisamente en las regiones llanas del continente porque la geografía favorece su carácter. En consecuencia, los dos países clásicos para ese estudio son Venezuela y Argentina donde el hombre de a caballo tuvo importancia y repercusión capital en su historia.

Sarmiento en una ocasión hizo una observación penetrante, es decir que el caudillismo nacía de las patas de los caballos en Venezuela igual que en Argentina. Ciertamente fueron los caballos quienes hicieron posible las campañas, tanto de la conquista del continente como de su independencia, en los llanos y también en las cordilleras.²

¹ J. F. Rippey, "Monarchy or Republic" en Hamill, *Dictatorship in Spanish America*, p. 88-89.

² Crist, "Geography and Caudillismo" en Hamill, *Dictatorship in Spanish America*, p. 84.



El ejemplo de Páez resulta para nuestro propósito el más ilustrativo de este tipo de hombre pues, nacido en 1790 de una muy humilde familia en Acarigua, por razón de su humildad se carece de noticias sobre ella hasta el punto de que los historiadores afirman que sólo han logrado saber que su padre poseía una escopeta. Contó con muy poca educación y en uno de sus viajes sufrió un asalto y logró matar a sus adversarios. Ello fue razón para que se refugiara en los llanos venezolanos, tierras no afectadas por las instituciones y la justicia de que huía. Tuvo que trabajar y con ese motivo se incorporó a la hacienda ganadera “La Calzada” donde su capataz, un negro llamado Manuelote, le dio un trato indigno que posiblemente condicionó la vida ulterior de Páez.

Vivía con los trabajadores en la choza de techo de palma abierto por los cuatro costados. En temporada activa pasaba doce o quince horas seguidas a caballo y herraba animales, castraba becerros, separaba vacas de la manada y todavía cuidaba de que la caballada no se desperdigara en la noche. La dieta de los hombres consistía estrictamente de la carne procedente de animales que mataban a medida que los comían. Todo se hacía con la disciplina férrea y digna de una prisión impuesta por Manuelote. En ocasiones, por su corta edad lo ocupaban en lavar los pies al “señor” o en mecer su hamaca mientras dormía. La vida ruda de la hacienda hizo que conociera, con lujo de detalles, las costumbres de los hombres y de los propios llanos. En esa forma se preparó el hombre rudo de los llanos y apareció el guerrillero.³

En cierto momento, el señor que veía al joven con simpatía, lo transfirió a otro de sus ranchos situado al margen del río Paguey y le confió trabajos de mayor responsabilidad.

³ Crist, *op. cit.*, p. 77-79.



En cuanto supo del levantamiento de los negros esclavos de la hacienda vecina, la “Huerfanita”, Páez los encabezó y ello fue motivo para que los dueños pusieran precio a su cabeza.

A la vez que Páez pertenece a la segunda América sin discusión, en cuanto encabezó el grupo se convirtió en otro tipo de persona que utilizó los lazos que todos los señores manejaron para retener a sus gentes, pues pudo asumir el mando de su territorio gracias a la lealtad personal de sus compañeros de a caballo. Cuando llegó a encabezar un gobierno centralizado y tuvo que alejarse de quienes lo habían encastillado se debilitó la lealtad y la perdió totalmente, pues los hombres de a caballo necesitaban de una autoridad visible y tangible, que viviera entre ellos, bebiera, bailara y por ello no reconocían a un simple presidente establecido en la Caracas lejana.⁴ No faltaban las horas de quietud de la vida campera en que se convivía dentro de un espíritu de camaradería de esa gente pastora, sencilla, que se sacrificaba sin el menor murmullo y que usaba el cráneo de una vaca o de un codrillo por asiento; que dormía sobre pieles sin curtir y sólo podía comer para subsistir; que consideraba un festín lograr aumentar café negro y tabaco de masticar a su dieta de carne con, ocasionalmente, un plátano de postre.⁵

Estos hombres acostumbrados a ver los amplios horizontes, no conocían otro límite que el de su gran fidelidad a quienes aceptaban como cabecillas por ser mejores que ellos, sin saberlo, y tenían pasión por la libertad y no se sometían a poderes intangibles. Sus autoridades eran la encarnación del poder del más fuerte de entre ellos mismos, detestaban las tareas manuales, la agricultura y las poblaciones sedentarias. Por ello, el constante nomadismo y la resistencia física se convertían en ingredientes carac-

⁴ Crist, *op. cit.*, p. 84.

⁵ Crist, *op. cit.*, p. 80-81.

terísticos de su naturaleza que, por bravía, les obligaba a dirimir sus disputas en crueles peleas armadas. Su conjunto constituye, pues, una población flotante de maleantes cuyo quehacer eran las *razzias* y recoger el botín.

Otro ejemplo anterior a Páez fue José Tomás Boves, apresado por contrabandista que, como resultado de su exilio, se refugió en los llanos. Se adaptó al tipo de vida llanero sin problemas, debido a su fortaleza física y se convirtió en una figura imponente. En 1811 se acogió a los patriotas por breve tiempo y luego defendió la causa monárquica a la que arrastró a sus llaneros y organizó la terrible legión “infernál” junto con otro aventurero de su calaña, Francisco Morales, usando los mismos métodos que Páez.⁶ Es importante considerar la significación de estas figuras y también el comportamiento de sus hombres. Al morir Boves, sus seguidores se dispersaron y muchos volvieron a los ranchos de ganado o a sus pueblos donde vivieron en espera de que otra figura los sacara y los encabezara. Muchos de ellos integraron las filas de Páez.⁷ Al considerar estas personalidades de la vida de los llanos, se entiende que tales hombres no se preocuparan de ideologías y también que, por su naturaleza, fueran susceptibles de ser utilizados por uno o por otro bando de manera indiferente.

Al otro extremo del continente y en zona andina, el cuadro varía por el tipo de población y también por su geografía. En el Paraguay encontramos la dictadura del doctor Francia que aisló al país. La sociedad paraguaya mestiza era de necesidades sumarias y, sin grandes sacrificios, podía renunciar al consumo de productos ultramarinos que compensó ocupándose en menor cuantía de los productos destinados a la exportación como la yerba mate y el tabaco. La disminución en lo exportado a los mer-

⁶ Crist, *op. cit.*, p. 72-76.

⁷ Crist, *op. cit.*, p. 76-77.



cados externos facilitó el cultivo de consumo y el periodo produjo un bienestar popular. Además Francia se apoyó en la plebe mestiza en contra de los aristócratas blancos que fueron las víctimas al desaparecer, casi en su totalidad, los productos de exportación.⁸ En otras zonas, sin embargo, el liberalismo económico causó que se intentara dividir las tierras comunales de los indios para entregarlas a miembros de la comunidad o a gente del exterior. Se trataba de crear una clase media terrateniente, independiente y fuerte, de acuerdo con las imágenes surgidas de las revoluciones francesa e inglesa. Para hacer la invasión de las tierras indias se aliaron los mestizos y los señores en causa común. Pero cuando terminaron las batallas de la independencia las haciendas de los señores se quedaron con todo. Los mestizos obtuvieron poco o nada. Las haciendas ganaron tierras y peones mientras que, en áreas poco cómodas para los fuereños, los indios se enquistaron aún más en sus comunidades. En esa forma se frustró el sueño de una clase media agraria,⁹ pero además, las poblaciones indígenas se retrajeron y se mantuvieron marginadas.

La historia de Latinoamérica se llenó en esa forma de tragedias: pobreza, asesinatos, corrupciones, exilios, represión y batallas, parecen ser los denominadores comunes. Los cabecillas o los políticos de la primera mitad del siglo se denominan con cierto simbolismo “libertadores, restauradores, regeneradores, vindicadores, redentores”, etcétera, que trataban constantemente de “salvar” a los países de algo más o menos confuso. “El lenguaje de la época era el lenguaje de la esperanza mesiánica y de la hipérbole.”¹⁰

Se comprende que la inquietud no se pudiera erradicar limitando la conciencia o las costumbres de la gente y que

⁸ Halperin, *Historia contemporánea de América Latina*, p. 194.

⁹ Wolf, *Sons of the Shaking Earth*, p. 245-246.

¹⁰ J. F. Rippy, *op. cit.*, p. 93.

cualquier sistema de ideales careciera de la fuerza necesaria para mantener el orden. Por ello la fuerza del caudillo supremo se encastilló y se expresó con la represión armada que sirvió al doble fin, esto es: mantener la paz y servir de vehículo para el logro de cambios sociales. Con frecuencia las crisis fueron exageradas, pues con ellas se justificó la necesidad de hombres fuertes como los hombres del momento o como los que debían retener las riendas del gobierno.¹¹ Cuando las constituciones hicieron su aparición en los años veinte, nunca tuvieron la fuerza necesaria para implantar límites a los poderosos que subían al poder a golpe de sable y de machete y que determinaban la política a seguir a punta de mosquete y de pistola. En cambio, esas constituciones reclamaban de los constituyentes la lealtad ciega a la localidad o a los hombres fuertes.¹²

De hecho, en esa lealtad se arrastra mucho de las características y de la manera de ser del hombre fuerte que analizamos en las pampas y los llanos y, también, de las actitudes de sus seguidores:

Era la crisis de la anarquía, la anarquía de voluntades atómicas imperiosas que operaban en un medio en el que se admiraba al hombre fuerte por su virilidad y libertad, adorado como un fetiche, y los pensadores autores de las constituciones, por perfectas que ellas fueran, no pudieron contra estos fetiches por tener que enfrentarse con una realidad exasperante que provocaba su violación y los nuevos levantamientos de militares o reformistas.¹³

Después de los movimientos de la independencia, los militares no aceptaron la oscuridad de la vida privada civil. El soldado común acostumbrado a la aventura constante y al robo, también veía con disgusto la posibilidad

¹¹ J. F. Rippy, *op. cit.*, p. 93.

¹² J. F. Rippy, *op. cit.*, p. 92.

¹³ J. F. Rippy, *op. cit.*, p. 91-92.



de volver al campo. Las masas iletradas no podían dejar de sentirse atraídas por los uniformes brillantes y la fraseología de los hombres de a caballo. El individualismo renació en momentos en que los tesoros se veían agotados y la habilidad administrativa también era escasa.¹⁴ Esa inconformidad de la soldadesca, procedente de ejércitos desintegrados, la convirtió en una fuente de recursos humanos dispuestos a fomentar cualquier intranquilidad. La disposición también fue responsable de que esos hombres fueran totalmente apáticos en cuestiones de política, pues lo único que en ellos contaba era la admiración hacia los personajes sobresalientes que podían facilitar el ambiente necesario para ponerse en movimiento:

¿Para qué molestarse en investigar, en revisar juicios, quizá en condenar? Sería mucho trabajo, es más sencillo quedarse quieto; y lo que es mejor todavía, servir y adular al cacique... porque el premio, una vez recibido, recompensaría a todo el clan, hombre por hombre... No importa la independencia o la lucha individual. Ello implica esfuerzo personal, a menudo arduo e incumbe al comercio, a la industria, las artes y las ciencias; el objetivo de la vida es después de todo, el descanso y la calma... Los dioses crearon a los hombres para poderlos contemplar reposando con elegancia. Si los borregos descansan más que los pastores, ¡seamos borregos y no pastores!...

Sería un gran error suponer que el caciquismo siempre debe ser un sistema retrógrado y tumultuoso. El caciquismo no es anarquía, ni tiranía, ni tampoco reacción; es simplemente ocio, nada más que ocio. Sólo en épocas anormales el cacique ha aparecido en los ojos de Sarmiento...¹⁵

¹⁴ J. R. Rippey, *op. cit.*, p. 91.

¹⁵ Carlos Octavio Bunge, "Caciquismo in our America" en Hamill, *Dictatorship in Spanish America*, p. 123.



En función del ocio Bunge explica la ausencia de partidos y también la agitación como resultado de luchas entre feudos, en los que se enfrentaban los caciques. Los pueblos, por su indolencia natural, las contemplaban sin perturbarse, como simples espectadores que no se comprometían antes del triunfo de uno o de otro de los contendientes.¹⁶

Frente a estos espíritus apáticos y sometidos que admiraban la fuerza bruta, se erguían los grupos privilegiados, los señores compuestos de eclesiásticos, hacendados, dueños de minas, sin otra preocupación que su propia posición. El hecho es que existía animosidad entre los diferentes grupos étnicos y que no hubo consenso de ideales ni de intereses.

Además la herencia y la costumbre pesaba: blancos y mestizos acostumbrados al absolutismo de los virreyes, que les dejó un sello; indios sujetos indirectamente a los funcionarios coloniales y directamente sus caciques, que fueron el instrumento de su propia sumisión; finalmente una fidelidad de los municipios al localismo.¹⁷ Por estas costumbres y herencias se estaba a la orden de quienes mandaban y los que mandaron hicieron uso de estas poblaciones para sus propias querellas localistas y oportunistas en las que, fuera de la participación, poco interés podían tener. El siglo XIX está plagado de guerras que poco ayudaron a la estabilidad de los países. Chaunu hace un acertado resumen de cómo se agravó esa inestabilidad latinoamericana durante el correr del siglo:

La agravaron las guerras entre los estados nacidos de la independencia: fronteras mal determinadas, intrigas de los refugiados políticos, pretensiones megalómanas de los tiranuelos a lo López, y, a veces, intereses exteriores a la

¹⁶ Carlos Octavio Bunge, *op. cit.*, p. 124.

¹⁷ J. F. Rippy, *op. cit.*, p. 91.

América Latina. Tales son algunas de las causas de esas luchas interamericanas.

Seis guerras libraron entre sí los estados iberoamericanos después de la independencia. Durante la primera (1825-1828), las Provincias Unidas del Río de la Plata lucharon contra Brasil. Herencia de un pleito familiar, cuyo origen se remonta al periodo colonial, concluyó con la creación del Uruguay, estado intermedio que, más adelante, en un conflicto gestado entre Rosas y el Partido Blanco (presidido por Manuel Oribe) apareció aliado a los brasileños (1843-1952). Entre 1836 y 1848, la tercera guerra, la que Chile y la Argetina declararon al dictador boliviano Santa Cruz, iniciador de una confederación boliviano-peruana, condenada al fracaso.

Las ambiciones del dictador López que soñaba con repetir, en escala sudamericana, las aventuras napoleónicas, originaron la guerra paraguaya (1865-1870), que puso a la pequeña república guaraní en conflicto con todos sus vecinos. Las cifras de los censos de 1863 y de 1871 permiten apreciar la violencia de una lucha librada con fanatismo por un pueblo fanatizado; en 1863 hay 1.337,489 habitantes; en 1871, 222,079 (28,746 hombres ancianos e inválidos, 106,254 mujeres, 86,079 niños), fue menester autorizar la poligamia para repoblar el país.”

La guerra del Pacífico entre Perú y Bolivia por un lado y Chile por el otro (1879-1883), concluyó con la victoria de Chile cuyo ejército, organizado al modo europeo, superó a sus adversarios. Sus causas fueron económicas: el descubrimiento y la explotación de los yacimientos de nitrato a principios del siglo XIX, dieron súbito valor al gran desierto de Atacama que compartían Chile, Bolivia y Perú. En varias oportunidades se intentó, mediante arbitrajes, resolver el conflicto latente entre Chile y Bolivia (1866-1874), pero la tentación era harto fuerte para Chile. A pesar de su alianza con Perú, Bolivia fue vencida; Chile había recibido la ayuda financiera de los capitalistas europeos, descontentos con la política expoliadora del gobierno peruano. Los tratados de 1884 fueron muy



duros para los vencidos, para Bolivia sobre todo, que perdió su acceso al mar; Perú cedió a Chile la provincia nitrera de Tarapacá; Chile ocupó, durante diez años, los distritos de Arica y Tacna; Arica, en el codo de los Andes, natural salida de Bolivia, era desembocadura de las antiguas rutas que antaño servían de drenaje a las minas de Potosí, el pulmón de la república andina.¹⁸

En todas esas actividades se vio involucrada por su apatía la población latinoamericana, que formaba la segunda América. Seguramente ni siquiera comprendió de qué se trataba y tampoco fue consciente de que, sin su colaboración, ninguna de esas contiendas hubiera tenido lugar. Para ella, en realidad, nada resultó de esos conflictos.

A pesar de la inestabilidad el continente americano atrajo durante la primera mitad del siglo XIX nuevos contingentes de población europea que se establecieron sobre todo en Brasil, Argentina y Chile, donde la composición étnica se diversificó. La última parte del siglo fue, sin embargo, la que recibió mayores grupos de inmigrantes, pero no se disminuyó la importancia del impacto étnico de esas nuevas poblaciones durante la primera mitad, pues alteraron la composición racial y étnica de muchos de nuestros países.

En Argentina, las provincias de Buenos Aires y Santa Fe, fueron las más afectadas; en Chile, en la región en torno a Valdivia, en la parte meridional del país, se establecieron la mayoría de los inmigrantes, que, por otra parte, eran selectivos en cuanto a su residencia pues la buscaban en países y zonas donde más porvenir creían encontrar.

Entre los habitantes del continente y los inmigrantes la población fue creciendo de manera considerable, pues de estar dividida en el Nuevo Mundo durante la tercera

¹⁸ Pierre Chaunu, *Historia de América Latina*, p. 106-107.



década del siglo, en tres partes casi iguales, establecida una en la parte sajona, otra en Centroamérica y el Caribe y otra en el resto sur del continente, para 1867 la población de los Estados Unidos era igual a la del resto de ese continente, donde sólo Brasil contuvo el 40% de la población total latinoamericana y los demás países, aunque la aumentaron, no lograron duplicarla en números durante los 35 años que fueron desde 1826 hasta 1870.¹⁹

Con el aumento de población creció también la producción y se involucró cada vez un mayor número de manos para lograrlo. México y Centroamérica vieron una expansión de la hacienda basada en el peonaje y esa expansión tuvo lugar en gran parte a costa de las tierras de las comunidades. En Centroamérica, Colombia y Venezuela se atendió a la producción de café, que en Colombia rivalizó con el tabaco. En Venezuela creció la ganadería de los llanos y Brasil cultivó azúcar en los ingenios con mano de obra esclava, que el periodo comenzó a sustituir por trabajo de inmigrantes europeos, de los que los grupos de alemanes y de pequeños granjeros abrieron nuevas tierras a la explotación en Paraná, Santa Catarina y Río Grande do Sul. También se abrieron nuevas tierras a la explotación de ganado en la Argentina. La inmigración alemana y suiza afectó la costa meridional de Chile, donde se depejó la tierra de los bosques explotándose la madera e instalándose granjas que se dedicaron tanto a la agricultura, como a los productos lecheros. En el centro de Chile se cultivó el trigo para la exportación que tuvo un incremento formidable pero, al desplomarse el mercado californiano, a mediados del siglo tuvo que limitarse a la demanda doméstica y peruana. También se intentó el establecimiento de fábricas en el campo, dedi-

¹⁹ Griffin, *El período nacional en la historia del Nuevo Mundo*, p. 106-107.



cadras al algodón, a la caña de azúcar y al arroz con todos los derivados de esos productos.²⁰

Como era de esperarse los sistemas tradicionales de posesión de la tierra latinoamericana cambiaron y, así por ejemplo, las tierras públicas de las regiones apetecibles de la Argentina fueron cayendo al mediar el siglo en manos de familias estancieras ya establecidas. Después de 1860 las provincias de Santa Fe y Buenos Aires contemplaron la aparición de algunas colonias agrícolas de inmigrantes europeos, pero la mayor parte del trabajo de granja se llevó a cabo por arrendatarios en los fundos de los grandes propietarios de tierras. En Chile, la pequeña propiedad se generalizó en la frontera sur, pero los fundos establecidos y cultivados por inquilinos continuaron según el molde colonial. Las sierras peruanas y ecuatorianas contemplaron cómo los “gamonales” (grandes propietarios) usurparon las tierras de las comunidades y aldeas indígenas y explotaron el trabajo indio al máximo extremo.²¹

No es de extrañar pues, que el poder oscilara durante largo tiempo entre el caudillo mandatario aliado con la aristocracia propietaria y el caudillo demagogo, que por momentos sacudía a las masas para convertirlas en la carne de cañón necesaria para dar lugar a los sucesos históricos que relataba Chaunu y que, después de erguirse, las masas volvieran a caer en la apatía.²²

El cuadro que se va delineando no resulta ser una gran modificación a los cuadros clásicos coloniales de la sociedad latinoamericana. Como en el pasado, estaba en pie la clase terrateniente heredera de la conquista y la masa iletrada de mestizos e indios. Entre los primeros y los segundos surgiría un nuevo tipo de individuo debido a las

²⁰ Griffin, *op. cit.*, p. 107.

²¹ Griffin, *op. cit.*, p. 107-108.

²² Pierre Chaunu, *op. cit.*, p. 96.

nuevas necesidades causadas por la mayor población, la urbanización y la urgencia de mover grandes cantidades de alimentos y mercaderías de todo género, tanto producidas localmente como traídas del exterior. La dirección de esa complicada actividad que requirió de capitales y de grande imaginación, continuó siendo una de las actividades directivas de los “señores”, pero quienes realizaron y pusieron en práctica el quehacer fueron los componentes de la segunda América, que siguieron las órdenes de los señores hasta su última consecuencia y fue bajo su dirección como llevaron a cabo una secuela de actividades secundarias, pero necesarias.

Así, pues, el trabajo de los componentes de la segunda América no se limitó a los quehaceres del campo, sino que también encontró ocupación en ramos especiales de la incipiente industria de la época: la minera, que comenzaba a usar las máquinas de vapor, sobre todo en México, pero también en Perú, Bolivia y Chile. La producción de alimentos como azúcar, tasajo, productos destilados, harinas y ciertas industrias ligeras que no requerían de grandes capitales como los cerillos o los tabacos manufacturados. Comenzaron también las industrias textiles de algodón en México y Brasil que dieron lugar a la manufactura de tejidos y vestidos, así como un sinnúmero de artículos de uso diario que surgieron de talleres artesanales. Poco a poco aparecieron talleres mecánicos de reparación que se hicieron necesarios por la existencia de la maquinaria.

Se entiende que todos los caudillos, una vez alcanzado el poder, no tuvieron otra preocupación que la de,

asegurar el control sobre las diversas clases por medio de lisonjas y magnetismo personal o amenazas por la fuerza —el método dependía, según cada uno de los segmentos de la sociedad, de los “principios originales” y de los antecedentes del líder. Los ejemplos son Rosas de Argentina,



Santa Anna de México, Carrera de Guatemala, Francia de Paraguay.²³

De todos Diego Portales fue el que, como hombre de negocios que era, se dio mejor cuenta de la necesidad que había de lograr condiciones de vida pronosticadas y disciplinadas y percibió, empíricamente, que los lemas y los mecanismos liberales carecían de sentido en sociedades aristocráticas agrarias.²⁴

Las nuevas actividades emprendidas por la segunda América requirieron de un adiestramiento que se reflejó en la preocupación de los conservadores por ampliar la enseñanza y ello creó grupos de origen a veces humildes, dotados de nueva capacidad para articular sus puntos de vista que, para 1831, resultaron poco satisfechos del lugar muy marginal que, salvo excepciones, les reservó el orden conservador.²⁵ Por ejemplo, cuando en 1840 se analiza la situación en Venezuela, se encuentra que la independencia había introducido nuevos miembros en los grupos privilegiados y que los jefes militares manejaban los cabos de la política, pero a la vez manejaban muchas otras cosas. En esa forma Páez, el capataz de la hacienda llanera, elevado a militar, se había convertido para esas fechas en gran propietario de tierras, mientras los soldados veteranos no lograban el acceso a las que les fueron prometidas. Cuando éstas llegaron a distribuirse ellos mismos las vendieron y el propio Páez compró tierras de sus soldados a precios bajos y en abundancia. Si no las vendieron los soldados, las perdieron cuando el legalismo retrospectivo de la república conservadora anuló las confiscaciones, que en el pasado habían perjudicado a los realistas.²⁶ Fue característico de la economía venezolana,

²³ Richard Morse, "Political Theory and the Caudillo" en Hamill, *Dictatorship in Spanish America*, p. 62-63.

²⁴ Morse, *op. cit.*, p. 65.

²⁵ Halperin, *op. cit.*, p. 205-206.

²⁶ *Idem.*, p. 192.

apoyada en el cultivo de cacao, café, azúcar y azufre, que se entrara en un orden conservador que representó el retorno hacia una estructura parecida a la colonial en la que los grandes comerciantes fueron beneficiados. El cultivo se encontró en manos de agricultores medios y de grandes propietarios que incluso intentaron volver a una economía de plantación y trataron de regresar los esclavos emancipados a la esclavitud, a la vez que buscaron la manera de imponer mayor rigor y disciplina de trabajo en los llanos, con el fin de aprovechar con más eficiencia las posibilidades de exportación de los cueros.²⁷

Apunta ya la presión de las necesidades de productos y de alimentos. El mundo de 1850 a 1860, por la revolución técnica que había tenido lugar, se lanzaba a las grandes corrientes sin tener en cuenta las limitaciones nacionales y Europa disponía de grandes excedentes de hombres y capitales. América se vio envuelta en esas corrientes y “cabe preguntarse en qué medida América Latina no trocó el yugo colonial por una especie de administración fiduciaria colectiva de las grandes potencias que dirigen el juego de la revolución industrial”.²⁸

El ruidoso descontento donde se dibujaban los nuevos sectores mineros, que aspiraban a compartir el poder, fue revelador dentro de esa situación pues no parece tratarse de un episodio local el que, de manera especial, en Chile más que en Colombia o Venezuela apareciera a mediados de siglo combatiendo desde posiciones de fuerza económica muy respetable.²⁹

América Latina estaba sufriendo una profunda modificación en su estructura humana pues, de haberse caracterizado como un continente indio y negro hasta la mitad de siglo, de ahí en adelante cambió su naturaleza pues la

²⁷ *Idem.*, p. 191-192.

²⁸ Chaunu, *op. cit.*, p. 110.

²⁹ Halperin, *op. cit.*, p. 206.



inmigración blanca inundó la zona templada del sur: la Argentina, el Uruguay y el Brasil recibieron una masa de inmigrantes que modificó su población,³⁰ y la Pampa contempló el comienzo de su época de prosperidad, pues la reserva de carne y trigo de la época colonial se transformó en una inmensa fábrica de carne y de trigo bajo el impulso de los colonos y los nuevos capitales europeos. Esta prosperidad económica, bien podría ser causa o consecuencia de la paz política. La aristocracia de los grandes terratenientes continuó con su gran influencia social y política.³¹ Pero esa prosperidad tenía en su base el aumento de población que en las provincias argentinas había triplicado el censo para el final del siglo, Chile lo había duplicado igual que Perú, Nueva Granada y Venezuela, mientras que Bolivia había crecido sólo en 70 por ciento y México en 50.³² El aumento del quehacer, el de la población y el de la economía plantearon nuevas necesidades y abrieron nuevas actividades de tipo político y administrativo que no podían resolver los señores que, con el sistema de hacienda, no dieron lugar a que se organizara un estrato nacional de hacendados conscientes de sus intereses. El hueco que dejaban a nivel nacional fue aprovechado por los mestizos que advirtieron la posibilidad de participar tanto en la política como en las disputas armadas. Algunas veces estos personajes pelearon sus propias batallas, otras se convirtieron en los agentes de intereses extranjeros que buscaron así la manera de favorecer su propia conveniencia. Sin embargo, de todas maneras, el mestizo salió de su mundo sombrío situado en la periferia de la sociedad para presentarse en el centro de la misma. El desorden político y económico fue la fuente de su enseñanza en administración pública o su academia,

³⁰ Chaunu, *op. cit.*, p. 110.

³¹ *Idem.*, p. 100.

³² Halperin, *op. cit.*, p. 221.



militar. En la lucha por los instrumentos de estado aprendió cómo proyectar el poder personal al público y resultó que si el repliegue de los hacendados al campo había afirmado su poder, de manera parecida el mestizo apareció con las armas en la mano en el escenario nacional.³³ Pero uno puede entrever cuáles iban a ser, en la segunda mitad del siglo, las ocupaciones de los miembros de la segunda América, al darse cuenta de las actividades que se producían y de los intereses que en ellas intervenían. El esquema de distribución de tareas se actualizó con la mayor recurrencia de capitales y, como resultado, la comercialización y el transporte interoceánico quedaron a cargo de sectores extranjeros: los localmente dominantes se reservaron las actividades primarias. Poco a poco se fue superando el sistema y la tendencia fue en el sentido de que penetraran cada vez más los sectores extranjeros: la minería y también algunas formas de explotación sumaria de las riquezas superficiales como el guano, fueron objeto de una transferencia progresiva en beneficio de ellos. La red ferroviaria fue motivo del control extranjero y con cautela se introdujeron en la agricultura y la ganadería bajo la fórmula de la especulación inmobiliaria que no logró, sin embargo, quebrar el predominio de las clases altas locales en esas actividades.³⁴ Los sectores urbanos, que con motivo del libre cambio tendían a convertirse en dependientes de las importaciones, se molestaban ante el monopolio de las oligarquías exportadoras y, en épocas tardías, llegaron incluso a amenazarlo, pero en los lineamientos fundamentales de la transformación coinciden los grupos dominantes y ello posibilitó una continuidad política que vino a ser la característica de la época, en la que los gobernantes se eternizaban en el poder. Parece en ese sentido que América Latina había encontrado un cami-

³³ Wolf, *op. cit.*, p. 246.

³⁴ Halperin, *op. cit.*, p. 213.



no en que las disidencias perdieron significado, quizá porque los beneficios derivados del nuevo orden se distribuyeron, aunque fuera de manera desigual, desparramándose por las sociedades.³⁵

Aunque no se produjeron condiciones de trabajo francas, hubo cambios que a la larga serían de importancia. En Argentina la expansión agrícola tuvo lugar mediante la utilización de inmigrantes arrendatarios que tuvieron un nivel de vida mayor que el tradicional. En Chile, al lado del inquilino de estatuto tradicional, ciertos arrendatarios pagaron en moneda y alcanzaron una autonomía real frente a los propietarios. Casi en todas partes los territorios dedicados a la agricultura ofrecieron tierra y mano de obra para la explotación más moderna pero, con la presión del poder público, la mano de obra pudo muy poco en cuanto a fijar sus nuevos estatutos.

Las tierras de población escasa recurrieron a la inmigración, que no siempre impuso mejoras al trabajador, pues en Panamá o en Cuba los “coolies” chinos sustituyeron a los africanos recién liberados y, aunque aparentemente libres, fueron vendidos a hacendados o a compañías por los importadores que eran acreedores de sus pasajes. Un sistema parecido se utilizó en Río de la Plata por empresarios franceses y españoles respecto a los inmigrantes vascos y gallegos entre 1850 y 1870.³⁶

La modernización económica impuso a la masa de trabajo rural cargas que no se iban a aceptar espontáneamente y el estilo de trabajo que se esperaba de los campesinos latinoamericanos concedía poco respeto a tradiciones consolidadas en etapas en que la rigidez de los mercados de consumo no requería aumentar la producción. Al contrario de lo ocurrido hasta 1850, al sobrepasarse la mitad del siglo,

³⁵ Halperin, *op. cit.*, p. 216.

³⁶ Halperin, *op. cit.*, p. 220.



el ritmo del trabajo debe cambiar radicalmente para aumentar la productividad de la mano de obra; las quejas sobre la invencible pereza del campesino hispanoamericano, en que coinciden observadores extranjeros y doctos voceros locales del nuevo orden, son testimonio de la presencia de un problema insoluble: se trata de hacer de ese campesino una suerte de híbrido que reúna las ventajas del proletariado moderno (rapidez, eficacia, surgidas no sólo de una voluntad genérica de trabajar, sino también de una actitud racional frente al trabajo) y las del trabajador rural tradicional de América Latina (escasas exigencias en cuanto a salarios y otras recompensas, mansedumbre para aceptar una disciplina que, insuficientemente racionalizada, incluye vastos márgenes de arbitrariedad), son demasiadas exigencias a la vez, y no es extraño que no todas se alcancen de modo completo. Mientras tanto, el sistema se apoya en la actuación sólo forzada de la plebe rural que es la gran derrotada sin haber en rigor ofrecido lucha.³⁷

Con anterioridad comentamos cómo la población latinoamericana iba creciendo en número, de manera muy especial en la segunda mitad del siglo, y paralelamente el comercio internacional que incorporaba a América Latina como productora de materias primas al comercio mundial crecía al mismo ritmo, sino a mayor. Argentina aumentó su comercio para 1880 en diez veces, Chile en cincuenta, Brasil en diez, Nueva Granada en siete, Venezuela igual, Ecuador lo triplicó, Bolivia aumentó en 75 por ciento y México en 20.³⁸

El resultado de ese comercio produjo la reacción de sectores urbanos que abominaron de los caudillos rurales o militares y de acuerdo con la nueva distribución de ocupaciones llegaron a conciliarse, como sucedió en el Uruguay, elementos de ambos partidos que darían finalmente

³⁷ Halperin, *op. cit.*, p. 219-220.

³⁸ Halperin, *op. cit.*, p. 222.



el poder a la oligarquía urbana de Montevideo, ampliada durante la Guerra Grande con toda clase de mercaderes aventureros. De la misma manera hubo cambios en el estado de Buenos Aires, que se había popularizado en la capital, donde el centralismo volvía a sustituir al federalismo y el liberalismo arraigaba en 1852 en las clases medias urbanas, que se consideraban al identificarse con el orgullo local, alimentado por los publicistas ilustrados, haciéndose eco del tono demagógico de la época. Pero, en esa campaña la plebe rural contaba mucho menos que en 1827-1829, cuando los veinte años de orden rosista no la habían sometido a la disciplina.³⁹ Trece provincias dieron a Urquiza, vencedor de Rosas, el título de “Director provisorio de la Confederación Argentina”, pero Buenos Aires no aceptó adherirse a la Confederación hasta que diez años después se reconstruyó la unidad del estado argentino y Buenos Aires recobró su rango de capital.⁴⁰ Cuando Juan Bautista Alberdi decía, en sus *Bases* publicadas en 1853, que “gobernar es poblar” su fórmula iba a hacer fortuna y se consideraría a su autor como un visionario. Desde ese confín de América Latina, tan sensible a cuestiones de población, la voz de Alberdi no hacía otra cosa que clamar por la necesidad de mano de obra y conocimientos técnicos que se necesitaban de acuerdo con las necesidades de la época.⁴¹ Alberdi no quedó sólo en lo demagógico, sino que logró que sus conceptos formaran parte de la Constitución argentina de 1853, en cuyo artículo 28, se dijo que el gobierno federal fomentaría la inmigración de europeos, pero a pesar de ello y de los esfuerzos que se hicieron en Europa para dirigir emigrantes hacia ese país, nunca llegaron.⁴²

³⁹ Halperin, *op. cit.*, p. 242-243.

⁴⁰ Chaunu, *op. cit.*, p. 100.

⁴¹ Sánchez Albornoz, *The Population of Latin America*, p. 151.

⁴² *Idem.*, p. 151-152.



Uno de los factores que retuvo el movimiento de las masas hacia el nuevo régimen fue la Iglesia, que hizo lo posible mediante sus condenas para refrenar el progreso de los partidos liberales. Pero a pesar de ello y de que la religiosidad de las masas las identificaba con la Iglesia, no se pudo impedir que los partidos liberales lograran un séquito popular sin que los afectara el temor reverencial representado por el sacerdote. Al ser perseguida, la Iglesia perdió una buena parte de su prestigio frente a las masas que creía poder utilizar para obtener la revancha contra los sectores gobernantes despegados del pueblo.⁴³ Así, por ejemplo, cuando la oposición conservadora se apoderó de la capital mexicana y tuvo lugar la Guerra de los Tres Años, los conservadores, además de usar al ejército profesional, tuvieron que armar a indígenas y mestizos en defensa de la fe amenazada. Por su parte, los liberales redactaron la Constitución de 1857, que dio lugar a la Reforma, y provocaron las protestas de los adversarios cuando sus ejércitos saquearon iglesias y conventos. Pero a pesar de la inquebrantable devoción de los mexicanos, los liberales no fueron privados de firmes apoyos populares. De nuevo se heredó un México en ruinas, a pesar de que hubiera triunfado la revolución y se contara con un ejército libertador que amenazaba ser tan gravoso como el Trigarante en épocas anteriores.⁴⁴ Las resistencias al programa renovador se debieron a la forma en que lo difundieron. Sus primeros adeptos fueron logrados de entre las élites urbanas que pretendían conquistar el poder y dirigir la etapa histórica siguiente, por ello se alarmaron los que fueron dueños del poder económico y social hasta entonces.⁴⁵

⁴³ Halperin, *op. cit.*, p. 232.

⁴⁴ *Idem.*, p. 238.

⁴⁵ *Idem.*, p. 238.



La situación no puede considerarse general en Latinoamérica, pues hubo otras repúblicas de la América tropical y de las altiplanicies, en donde la población india representaba el noventa por ciento, o más, del total en donde los indios constituyeron un elemento de inestabilidad. La antigua población criolla de estas repúblicas, no renovada por la inmigración, conservó de la época colonial su complejo de superioridad social y también su ineptitud para promover los intereses económicos del país. La consecuencia, dentro de los términos del nuevo ambiente económico creado, fue que hubiera un atraso económico y que el periodo de levantamientos y dictaduras durara hasta después de 1860.⁴⁶

Debe de tenerse en cuenta, también, que durante el período de 1870 y 1890 había poblaciones nómadas de indios cazadores y que al expandirse la agricultura, ello circunscribió las tierras donde los indios cazaban y se provocó el enfrentamiento entre indios y blancos. Por ese tiempo, por ejemplo, el general Roca llevó a cabo una campaña contra los indios que restaban en la Pampa occidental, apresurando su desaparición. En Chile, los araucanos se rebelaron contra las incursiones de los blancos y fueron forzados a someterse para ser amontonados en pequeñas reservas. En Amazonia, los indios fueron explotados por los caucheros a pesar de que, hasta entonces, habían escapado a los efectos de la "cultura". En términos generales los indios eran mirados con desprecio y la filosofía social positivista los consideraba como un obstáculo para la europeización de los países y también para el progreso. Sin embargo, continuaron sufriendo los tributos y las exacciones de trabajo. A pesar de las reformas sociales en México, se vieron privados de sus tierras por la ley de terrenos baldíos que demandaba títulos que ampararan su propiedad. Díaz ordenó incluso que

⁴⁶ Chaunu, *op. cit.*, p. 101-102.



los yaquis del norte fueran trasladados a las plantaciones de henequén en Yucatán, como castigo por su resistencia a la infiltración blanca.⁴⁷

El problema fue tanto mayor, porque los procedimientos más eficaces y científicos, aplicados a las grandes haciendas, tendieron a debilitar el lazo personal que existía entre el dueño y el indígena trabajador, o entre el patrón y el trabajador. Todavía fue más débil ese lazo cuando los propietarios ricos de las tierras las dejaron en manos de administradores y se dedicaron al ausentismo. Ese ausentismo, agregado a todo lo demás, tuvo como consecuencia que la situación del peón declinara tanto como mejoró la del propietario. El nuevo tipo de herramienta, la maquinaria, los nuevos métodos para cultivar y la forma de promover la cría de los animales, junto con el acceso relativamente fácil de los productos de las granjas a los mercados, fueron las modificaciones ventajosas que se lograron pero, por otra parte, los productos agrícolas tuvieron precios fluctuantes y también tuvieron la tendencia a declinar con relación a los productos industriales.

El indio americano llegó a su peor situación al final del siglo, por tener que luchar en contra de la exterminación y de la absorción social a la vez. Los propios sociólogos evolucionistas y también los antropólogos justificaron la destrucción del indio como inevitable, por cualquier proceso que fuera. La presión de la hacienda sobre los habitantes indígenas es indiscutible, fue sumamente fuerte y ello provocó la rebelión de los mayas en Yucatán a mitad del siglo, cuando los indios estuvieron a punto de arrojar a los blancos de la península. La rebelión fue dominada y tuvo como consecuencia grandes pérdidas de vidas. Además de la presión de la hacienda, los indios sufrieron con motivo de los tributos, servicios obligatorios y explotación

⁴⁷ Griffin, *op. cit.*, p. 130-131.



de diferentes tipos por parte de los blancos y ello fue regla en Guatemala, Ecuador, el Perú y Bolivia.⁴⁸

Por su parte, la industria operó sobre la política para obtener ventajas en aquellas áreas en que estaba más avanzada. América Latina vio, con frecuencia, como los dueños de pequeños negocios, los pequeños agricultores y los consumidores se consideraban víctimas de la discriminación y de la explotación y, de hecho, la política seguida por las compañías ferrocarrileras, mineras y madereras era antisocial, porque en regiones económicamente desarrolladas la relación de un solo gran propietario con los obreros, producía el abuso y la fortaleza de la postura monopolística. No se logró establecer un orden social justo con el apoyo de las ideas derivadas de la Ilustración y se buscó un acercamiento científico más práctico hacia la teoría social. La solución atrayente fue la del positivismo que inspiró las reformas del gobierno de Juárez en México, basadas en la religión de la humanidad comtiana, que tuvo adeptos además de México, en Brasil y en Chile.⁴⁹

La esclavitud se terminó, por fin, hacia finales de siglo en el continente americano, al liberarse los esclavos en Cuba y en Brasil, pero quedaron formas de trabajo que, si bien no podemos considerar abiertamente esclavistas, no dejan de tener características que, casi, ameritan el uso de la palabra. Parte del trabajo indio fue sustituido en ciertos países por obreros orientales, sobre todo en las Indias Occidentales y en el Perú, quienes fueron explotados conscientemente. Al final del siglo se cambiaron muchas de las condiciones de trabajo que provocaron la mala situación, pero ciertas corporaciones de negocios adoptaron nuevas prácticas que llevaron al trabajador a situaciones de desesperación. Algunas negociaciones optaron por hacer el pago del salario mediante vales de la compañía,

⁴⁸ Griffin, *op. cit.*, p. 123, 130.

⁴⁹ Griffin, *op. cit.*, p. 122, 125.



otras controlaron las viviendas, otras concedieron crédito a fin de mantener al obrero ligado al empleo y, por ende, los patrones se opusieron enconadamente a los sindicatos. Haciendas, negociaciones, minas, plantaciones caucheras, todas tuvieron su parte en el uso, o el mal uso del laborante latinoamericano.⁵⁰

El sindicalismo, tanto como las ideas socialistas, prendieron en aquellos países cuya riqueza era mayor y ambas doctrinas contribuyeron a la organización de los trabajadores especializados en Buenos Aires y en Chile. Buenos Aires estuvo estrechamente relacionada con el movimiento obrero europeo y los trabajadores lograron organizarse en sindicatos como los de los muelles o los panaderos. Pero el sindicalismo tuvo que retroceder cuando al final del periodo fracasó un intento de huelga general. En Chile la condición de las salitreras sirvió de promotora y un grupo de obreros, organizados en el norte del país, ayudó en el crecimiento de las organizaciones de artesanos de Santiago y de Valparaíso.⁵¹

En consecuencia, de ese estado de cosas se provocaron los movimientos revolucionarios que tendrían lugar, tarde o temprano, en el siglo xx por toda Latinoamérica. Comenzaron con la Revolución Mexicana, motivada entre otras cosas por los bajos salarios y la congelación de los mismos. Las organizaciones incipientes de obreros, cuando encontraron apoyo, produjeron movimientos sociales necesarios en los países más desarrollados, pero el analfabetismo continuó en los demás. Para mayor calamidad, la baja en el precio de los productos agrícolas en los mercados, durante las décadas de los sesenta y de los noventa, fue el trasfondo económico que no ayudó. Sólo donde los impuestos a la propiedad fueron bajos o no existían, como en la mayoría de los países, los grandes

⁵⁰ Griffin, *op. cit.*, p. 170-171.

⁵¹ Griffin, *op. cit.*, p. 171-172.

propietarios pudieron sobrevivir a pesar de la baja de los precios.⁵²

Sin embargo, todas las ventajas aportadas por la nueva economía fueron expandiéndose y la parte meridional de la Pampa fue abierta a la colonización en la Argentina después de 1880; también se inició la colonización de la Patagonia en Chile, donde Puerto Montt quedó incorporado al área poblada del país. Las ciudades crecieron tendiendo a concentrar la población, al mismo tiempo que el desarrollo agrícola la diseminaba. Buenos Aires, Río y São Paulo sobrepasaron a la ciudad de México como metrópolis por su gran población.⁵³ A medida de que aumentó la población de las ciudades, también subió la demanda de mano de obra urbana, no sólo para destinarla al servicio doméstico, sino también a los trabajos de construcción y transporte, empleados públicos y dependientes de comercio o empleos en las fábricas, pero esa mano de obra siempre fue malamente remunerada. Los únicos que disfrutaron de mejor posición fueron los artesanos especializados.⁵⁴ Era el momento de hacer fructificar la riqueza potencial del continente y de organizar un orden estable y un sistema de comunicaciones, disciplinando a la vez rigurosamente la fuerza de trabajo. Esta necesidad es la que dio base a personajes como Porfirio Díaz en México, pues la tarea necesitaba más que de simples legisladores.⁵⁵ México vio así en 1877 el principio de sus treinta y cinco años de prosperidad económica que encubrieron, a la vez, la ruina de la segunda América, pues tal como escribe Chaunu, también fue una época:

de pillaje: las riquezas naturales del país fueron presa sobre todo de los capitalistas norteamericanos e ingle-

⁵² Griffin, *op. cit.*, p. 114-168.

⁵³ Griffin, *op. cit.*, p. 172.

⁵⁴ Griffin, *op. cit.*, p. 108.

⁵⁵ Halperin, *op. cit.*, p. 240.



ses; las concesiones que se les hacían eran verdaderas expropiaciones; compañías inglesas y norteamericanas se abataban sobre los campos petrolíferos. La concentración de las propiedades, en detrimento de las comunidades indígenas, se acentuaba y la mayor parte del suelo mexicano estaba en manos de algunas familias.⁵⁶

Este cuadro de Chaunu, referido a la situación de América Latina, puede considerarse prácticamente general para todos los países; fueron pocos los que, en mayor o menor grado, pudieron escapar.

No sólo los empresarios y las grandes empresas concesionarias fueron las atraídas por el continente americano. En esa época también tuvo lugar la llegada de una nueva ola de inmigrantes europeos. El nuevo acervo de inmigrantes se dirigió principalmente a Argentina, Brasil y Uruguay, y en mucho menos cuantía a los demás países.⁵⁷ No parece posible averiguar las razones individuales que decidieron a esos trabajadores a cruzar el “Charco”. En cada caso, la decisión se tomaba en lo particular por un sinnúmero de razones pero, no hay duda, de que hubo circunstancias económicas y sociales que favorecieron en sus respectivos países de origen, la salida en busca de mejores oportunidades.⁵⁸ Después de 1880 hubo una congestión de población en toda Europa, debido al descenso de la mortandad y a la falta de un decremento simultáneo en la fertilidad. Las naciones industrializadas absorbieron el exceso de población, pero el desarrollo económico no fue suficiente para asimilar a los nacidos al final del período, cuyo número aumentó. Los suelos americanos compitieron, con éxito, en la producción agrícola con Europa y el resultado fue que centenares de granjeros quedaron sin empleo. Tampoco pudieron ocuparse estas gentes en

⁵⁶ Chaunu, *op. cit.*, p. 104.

⁵⁷ Chaunu, *op. cit.*, p. 114.

⁵⁸ Sánchez Albornoz, *op. cit.*, p. 152-153.



quehaceres urbanos en las ciudades del Mediterráneo o de Europa. Por ello no hubo otra salida que la de emigrar en masa al continente americano. Latinoamérica estuvo en esa ocasión en mejores condiciones que otros lugares para disputarlos. Esta segunda corriente de inmigrantes, que se mantuvo hasta 1930, fue de composición racial diferente a la anterior, y más escasa, que tuvo lugar a mitad de la centuria.⁵⁹ Su destino dependió de las condiciones del país recipiente y de manera muy especial de las oportunidades que les ofreciera. México, por ejemplo, quiso recibir inmigrantes y no pudo obtenerlos porque el país contaba con un alto número de trabajadores no especializados. Cosa parecida sucedió con los países de Centroamérica, Colombia, Venezuela y Perú, donde hubo razones específicas que las ahuyentaron.⁶⁰

Los inmigrantes, al dirigirse a las áreas más desarrolladas se sentían estimulados, primero, porque el país produjera las mercancías solicitadas en Europa y éstas eran granos, carne, cuero, ciertas fibras y café y, en segundo lugar, los atraía que la población trabajadora del país fuera lo suficientemente pequeña para que hubiera una verdadera demanda de trabajo. De todo Latinoamérica sólo Brasil, Argentina y Uruguay presentaban las dos características y, en consecuencia, los emigrantes de las penínsulas mediterráneas y de otros lados de Europa, se dirigieron allí.⁶¹

Cuando estas condiciones no se produjeron, o cuando se presentaron crisis económicas, los inmigrantes no aprovecharon. Así, por ejemplo, el gobierno de Chile consideró necesario estimular la corriente escasa de inmigrantes, que llegaba por propia inercia y como parte de esa política, entre 1883 y 1891, y que ayudó a la colonización del sur

⁵⁹ Sánchez Albornoz, *op. cit.*, p. 153.

⁶⁰ Sánchez Albornoz, *op. cit.*, p. 153.

⁶¹ Sánchez Albornoz, *op. cit.*, p. 153-154.

del Río Bío Bío por miles de granjeros procedentes de países diferentes. Cuando se presentó una situación económica crítica, debido a la revolución de 1891, los planes oficiales de colonización se interrumpieron.⁶²

Ese oleaje humano desembocaba por lo general, primero, en centros urbanos donde se encontraba empleo fácil en la construcción y puede deducirse, por ese motivo, que la inmigración tuvo que ver con el crecimiento de los núcleos urbanos, desautorizándose así los propósitos de quienes abogaron por una política de apertura. Sin embargo, también hubo un derrame hacia las áreas agrícolas cuando en los años ochenta, y también en la crisis financiera de los noventa, la necesidad los obligó a salir de las ciudades y los forzó a establecerse como agricultores. En la última fase migratoria, el número de trabajadores no especializados que ocurrieron a América fue mayor que el de los agricultores.⁶³

El debilitamiento de las clases altas terratenientes, a pesar de sus apoyos políticos, comerciales y financieros locales frente a los emisarios de las grandes economías metropolitanas, fue acompañado de otro proceso de intensidad variable, según las regiones: a su lado aparecieron las clases medias predominantes urbanas y cada vez más exigentes. En algunas regiones, los señores, también tuvieron que enfrentarse a las demandas de los trabajadores incorporados a formas de actividad económica modernizadas. Este último proceso tuvo su correlación política en un comienzo de democratización, pues las clases altas podían defenderse mejor en contra de las presiones metropolitanas cuando la economía era más vigorosa.⁶⁴ A pesar de todo, la persistencia de intereses fue formidable, entre ellos se encontraban tanto los poderosos tradi-

⁶² Sánchez Albornoz, *op. cit.*, p. 154.

⁶³ Sánchez Albornoz, *op. cit.*, p. 154.

⁶⁴ Halperin, *op. cit.*, p. 282.



cionales de las áreas rurales, como los financieros extranjeros que temían por el futuro de sus inversiones. También había que tener en cuenta en esa época al oportunista mestizo, victorioso de las batallas políticas y militares sucesivas, que vivía vendiendo protección tanto en contra de los peones, cada vez más inquietos, como en contra de los desórdenes que podían limitar la entrada de los capitales. Plantados así, entre el pasado y el futuro, los poderosos se mantenían en equilibrio entre fuerzas hostiles eliminando, por medio del soborno y de la violencia, a todos sus rivales de abajo.⁶⁵

La situación creada por el desarrollo económico puede vislumbrarse al notar que, según Wolf, México tenía en 1895, un proletariado industrial de 365,000, una clase media de 213,000, una clase media urbana de 776,000. En conjunto representan 1.354,000, pero estas cifras hay que compararlas con el total de 7.853,000 de individuos que componían las familias de peones en las haciendas. Sin embargo, aun cuando las cifras representativas de los nuevos grupos sociales sean simplemente una fracción de la población total son sin embargo, indicadoras de las nuevas direcciones que se estaban tomando.⁶⁶

Se entiende bien que las filosofías del “orden y progreso” fueran acompañadas de un tipo muy especial de dictadura que las favoreció, pues hacían hincapié en el desarrollo comercial e industrial, en las obras públicas y en la construcción de ferrocarriles en alianza con los capitales extranjeros:

ya habían aparecido en el periodo anterior con la ascensión de Porfirio Díaz en México, Justo Rufino Barrios en Guatemala y Antonio Guzmán Blanco en Venezuela. Siguieron adelante con mayor vigor en el periodo siguiente a 1890 con Díaz en México, Estrada Cabrera en Gua-

⁶⁵ Wolf, *op. cit.*, p. 247.

⁶⁶ Wolf, *op. cit.*, p. 247.

temala, Juan Vicente Gómez en Venezuela, Reyes en Colombia y Zelaya en Nicaragua. Su política produjo indignación y protesta liberal, nacionalista y rural, pero contribuyeron al progreso económico de sus países y cooperaron al desarrollo de los grupos obreros industriales, los cuales ayudaron eventualmente a su caída...⁶⁷

pero ¿a qué precio?

Esta segunda América, que incluye la población más desdichada del continente, fue convertida en el vil instrumento de sus señores sometidos a las influencias de las necesidades de la industria y de los mercados externos. El progreso material y económico del periodo fomentó producción y consumo y necesidades de mano de obra en todos los niveles. Esa necesidad de trabajo fue la que supeditó la segunda América a quienes se aliaron con los poderosos de fuera, que poco o ningún interés tuvieron en los componentes de esa población americana. Aparecieron los trabajos de campo y de fábrica, también los necesarios para formar el aparato administrativo y burocrático que regulara todo. Pero, en todo caso, fueron trabajos sin iniciativa, sin perspectivas y a sueldo bajo, que compró la cooperación de la población laborante imponiéndole condiciones de trabajo, hábitos nuevos de vida y de consumo, muchas veces de artículos innecesarios, que se convirtieron en los calificativos del nivel del progreso y fortalecieron la economía. Los grupos laborantes humildes, lo hemos visto, perdieron sus tierras por el crecimiento de las haciendas o por motivos legales, a pesar de las leyes “revolucionarias” del periodo. Los indígenas se retrajeron o abstuvieron de todo el proceso y se enconcharon en sus comunidades. Quienes siguieron en el *status* social se especializaron en labores urbanas que los encerraron en oficinas y los amarraron a los escritorios sin más perspectiva que la de sobrevivir y desinteresarse

⁶⁷ Griffin, *op. cit.*, p. 155.



de cuanto pasaba alrededor. Quien tuvo iniciativa, sólo la llevó al cabo desnaturalizándose para entrar en la política, como lo hicieron los mestizos que con audacia procedieron a imagen de los señores, enriqueciéndose con la fortuna del poder que canjearon por hacienda y llegaron a olvidar hasta a sus propios congéneres.

La segunda mitad del siglo impresiona por la cantidad de lo que se hizo, desgraciadamente mucho de ello estéril desde el punto de vista del interés nacional: comunicaciones que ligaron los puntos de producción con los de salida en vez de las regiones de las naciones, materias primas que se exportaron sin elaborar, trabajos de organización y de oficina para favorecer la vigilancia de los intereses ajenos, límites en los niveles técnicos que pudieran alcanzar los nacionales, políticas enfocadas a proteger a los señores o a los políticos aliados con los intereses ajenos y todo ello equiparado a organizaciones del tipo de la hacienda, a congelaciones de salarios, a vales de compañías, a controles de viviendas. La segunda América en esas condiciones no pudo sentirse identificada con un proceso del que sólo era un engrane más. Las instituciones que debieron aparecer para defenderla no lo hicieron, o lo hicieron tardíamente y se les fue el siglo sin dar los pasos que tuvieron lugar en el resto del mundo, porque la industria le era propia, la economía también, la producción y la técnica igual, y así los medios de transporte marinos y terrestres o las finanzas. La desventaja era patente y de difícil equilibrio. Más aún, sucedió esto cuando una buena cantidad de las exportaciones se formó con productos agrícolas perecederos, en desventaja con las manufacturas industriales permanentes. Romper estos moldes, una vez establecidos, no iba a ser fácil y requería reponer todo un siglo de movimientos sociales, de preparación, de personalidad propia y de participación política. De hecho, se progresó lo que permitieron los intereses extraños y nada



más porque, de no ser así, se hubiera perjudicado el clima favorable a su desarrollo. Por otra parte, los políticos y los señores tampoco tuvieron, una vez aliados con esas conveniencias, intención de sobrepasar los límites que hubieran puesto en jaque su posición.

LA TERCERA AMÉRICA

1. *Los señores a través de la independencia*

América toda se puede incluir en los dos apartados que hemos formado arriba, tomando en cuenta en el primero aquella parte de los americanos que manda y en el segundo los que trabajan como ya lo hemos explicado. Sin embargo, consideramos de importancia otro grupo que forme la tercera América: incluye a los que piensan y opinan no importa si tienen o no oportunidad de actuar. Pero es la que, al fin de cuentas tiene influencia, en el pensar de las otras dos. Aunque en ciertos momentos llegue a adherirse o a confundirse con las otras para transformarse además de pensante en actuante. Al estudiarla en el recorrido del siglo XIX se delinea con personalidad definida, es dinámica y constructiva y llega a ser responsable de provocar la madurez, tanto del gobernante y del señor, como del trabajador. Al fin del siglo ha logrado cambiar el aspecto del continente y, por su actividad, se logra definir y aun limitar la actuación de los señores y de los trabajadores que a menudo logran conocer su verdadera postura, anteriormente incierta.

Si se contrasta la situación existente a fines del siglo XVIII con las últimas décadas del XIX, la diferencia es obvia, José Luis Romero presenta situaciones claras al estudiar la sociedad de las ciudades latinoamericanas. Su descripción de las actividades de la sociedad, en Lima o en Ba-